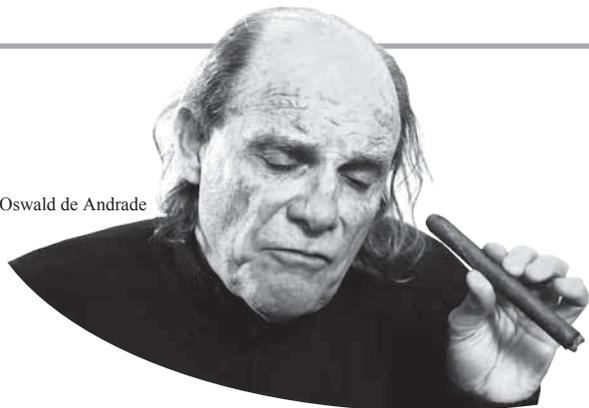


Oswald de Andrade



LA ANTROPOFAGIA COMO BANDERA

Rodolfo Alonso

El fecundo Brasil, que no es para nada escaso en ellos, puede ufanarse de contar con un escritor por sobrados motivos singular. Porque Oswald de Andrade (1890-1954), junto con Mário de Andrade, Menotti del Picchia, el sociólogo Sérgio Buarque de Hollanda (¡padre de Chico!), los pintores Anita Malfatti y Di Cavalcanti, el músico Heitor Villa Lobos, el diplomático Graça Aranha, entre otros, no sólo fue uno de los principales protagonistas de aquella memorable Semana de Arte Moderno de tres días, entre el 13 y el 17 de febrero de 1922 que, en la entonces todavía en gran medida provinciana São Paulo se volvió el acta de nacimiento del fértil modernismo brasileño, en realidad la antípoda de su homónimo hispanoamericano y que no sólo iba a renovar el arte y la cultura del Brasil sino que, precisamente por su doble carácter decididamente experimental y antiacadémico pero al mismo tiempo profunda, orgánica, instintivamente arraigado en la identidad y en la vida de su país y de su pueblo, resultaría uno de los movimientos más originales y productivos de las auténticas vanguardias latinoamericanas.

Tal cual lo demuestran dos textos en gran medida legendarios, como su *Manifiesto Pau Brasil* (1924, donde afirma con suma claridad “Ninguna fórmula para la expresión contemporánea del mundo. Ver con ojos libres” y donde define a los modernistas, con demoledora lucidez: “Sólo brasileños de nuestra época”) y el *Manifiesto Antropófago* (1928, que para desprenderse hasta del más mínimo colonialismo reivindica con suprema ironía las raíces indígenas: “Tupí or not tupí, that is the question”, fechando al pie, con incisiva sorna: “Año 374 de la deglución del obispo Sardinha”, es decir Sardinia), Oswald de Andrade es uno de los que más profunda y ampliamente avanzó desde los en un comienzo todavía difusos postulados del modernismo, apostando su obra y hasta su vida a una radicalización sin concesiones. Que incluso lo condujo a una temprana afiliación al partido comunista brasileño (al parecer bajo la comprensible influencia de una personalidad como Luiz Carlos Prestes), a lo cual fue asimismo capaz de renunciar, cuando su inveterado rechazo de los esquematismos y de los encuadramientos

más o menos impuestos así se lo indicaron, y no sin haber dejado de pagar antes y después, con el silenciamiento cuando no con la censura, el precio por su irrenunciable actitud cuestionadora e inquisitiva.

Padre del concepto intelectual de Antropofagia, empuñado tal vez en un principio como desafiante grito de independencia y asunción de las propias fuentes, y que mantendría en alto toda su existencia (si en 1928 podía decir “Sólo la Antropofagia nos une. Socialmente.

Económicamente. Filosóficamente”, en 1950 puntualiza: “La cultura matriarcal produce ese doble aspecto: comprende la vida como devoración y la simboliza en el rito antropofágico, que es la comunión”), su persistencia y la perspicacia de su inteligencia llegaron a convertirlo en una personalidad iconoclasta, capaz de rebelarse no sólo contra los convencionalismos o los imperativos sino, también, frente al patriarcado y lo que él veía como sus consecuencias tanto culturales como económicas y sociales, según lo demuestra su larga y desafiante tesis *La crisis de la filosofía mesiánica*, donde su pensamiento a la vez se concentra y se expande, con una virulencia libertaria que continuará resultando todavía saludablemente desconcertante para los acomodaticios, los hipócritas y los tibios.

Testimonio mayor de la envidiable vitalidad de la cultura brasileña, de cuyo renovador modernismo constituye sin duda un nombre clave, el contacto con su actitud y con su prédica llegará a constituir acaso una beneficiosa inyección de creatividad y rebeldía en la clausura apenas entreabierta donde nosotros, los latinoamericanos de habla castellana, continuamos todavía incomprensible y malévolamente balcanizados, sin compartir nuestras mutuas riquezas y nuestras mutuas desdichas. Como si no fuéramos hermanos. Como si no tuviéramos un destino que, en gran medida, debería ser común. 

Rodolfo Alonso (Buenos Aires, 1934). Poeta, traductor y ensayista argentino. Fue el primer traductor de Fernando Pessoa en América Latina. Tiene más de 25 libros publicados. Premio Nacional de Poesía, Orden “Alejo Zuloaga” de la Universidad de Carabobo (Venezuela), Palmas Académicas de la Academia Brasileña de Letras, Premio Único de Ensayo Inédito de la Ciudad de Buenos Aires, Premio Festival Internacional de Poesía de Medellín (Colombia). Es miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago*.